

aplicadas me permitirán repetir todos los detalles de observación. Faltaba crear cuando se dijo que precedía con respecto y tuvo cuidado de decir que cada caso de error. Al decir aquello hice el primer doctores. Sólo se yo su hecho. habido, acor, habido con los otros y abdicata. La provisión de la mesa.

ADRIANA BUQUET

Cuando acabábamos de comer en el figón:

—Reconozco—me dijo Laboullée—que todos los hechos relacionados con una manera de ser del organismo aún mal definida (doble vista, sugestión á distancia, presentimientos verídicos), no están comprobados la mayor parte de las veces de un modo bastante riguroso para satisfacer todas las exigencias de la crítica científica. Casi siempre se fundan en testimonios que, aun cuando sean verdaderos, dejan subsistir la incertidumbre acerca de la naturaleza del fenómeno. Esos hechos están aún mal definidos, te lo concedo; pero acerca de su existencia no admito duda posible desde que yo mismo presencié uno. Por una feliz casualidad mis

aptitudes me permiten reunir todos los elementos de observación. Puedes creerme cuando te digo que procedí con método y tuve cuidado para evitar toda causa de error.

Al decir aquella frase el joven doctor Laboullée golpeaba con las dos manos su pecho hundido, acolchado con folletos, y adelantaba provocativamente por encima de la mesa su cráneo agresivo y calvo.

—Sí, amigo—añadió—, por fortuna inesperada, uno de esos fenómenos clasificados por Myers y Podmore bajo la denominación de *fantasmas de los vivos*, se ha desarrollado con todas sus fases en presencia de un hombre científico. Lo he comprobado todo y lo he anotado todo.

—Escucho.

—Los hechos—adujo Laboullée—se remontan al verano del 91. Mi amigo Pablo Buquet, de quien repetidas veces te he hablado, vivía con su mujer en un aposento de la calle de Grenelle, frente á la fuente. ¿No has conocido á Buquet?

—Le vi dos ó tres veces: un mocetón robusto con una barba pobladísima. Su mujer

era morena, pálida, de facciones pronunciadas y hermosos ojos grises.

—Eso es: temperamento bilioso y nervioso, bastante bien equilibrado. Pero á una mujer que vive en París la dominan los nervios... y no te digo más... Llamábase Adriana; ¿la viste alguna vez?

—La encontré una noche en la calle de la Paz parada con su marido delante de una joyería; con los ojos encandilados contemplaba unos zafiros. ¡Una hermosa mujer elegantemente ataviada! No parecía la esposa de un pobre infeliz hundido en los subterráneos de la química industrial. Buquet no era hombre de suerte.

»Llevaba ya trabajando cinco años en la casa Jacob, que vende productos y aparatos de fotografía en el bulevar Magenta. Esperaba de un momento á otro que le dieran participación en los negocios. Sin ganancias fabulosas, podía prometerse un brillante porvenir. Era un hombre paciente, sencillo, laborioso, de esos que á la larga prosperan. Entretanto su mujer no le arruinaba, ni mucho menos. Como buena parisiense, inge-

niábase descubriendo á cada punto saldos maravillosos de ropa blanca, vestidos, encajes y joyas. Hacíase admirar de su marido por su arte, que la permitía vestirse maravillosamente por muy poco dinero. Pablo enorgullecíase viéndola siempre tan atildada y con unos bajos tan elegantes. Pero todo esto carece de interés.

—Al contrario, me interesa mucho, querido Laboullée.

—De todos modos, mi charla nos aleja del objeto principal. No ignoras que Pablo Buquet fué mi camarada en el colegio; nos conocimos cuando estudiábamos el segundo año en Louis-le-Grand; no habíamos dejado de tratarnos cuando á los veintiséis años, y sin tener bastante posición, casóse con Adriana, enamorado y, como se dice vulgarmente, sin más que lo puesto. Su boda no interrumpió nuestra intimidad. Adriana me demostró bastante afecto, y con frecuencia me invitaban á comer. Soy, como ya sabes, médico del actor Laroche y amigo de varios actores que de vez en cuando me regalan localidades. Adriana y su marido eran aficio-

nadísimos al teatro. Cuando yo tenía un palco cenaba en su casa y los llevaba después á la Comedia Francesa. Estaba seguro de hallar siempre dispuesto á Buquet, porque volvía puntualmente de su fábrica, á las seis y media, y estaba de charla hasta que le servían la comida, con su mujer y el amigo Geraud.

—¿Geraud?—pregunté—; ¿Marcel Geraud, empleado en una casa de banca, y que lucía siempre unas corbatas preciosas?

—El mismo; un amigo inseparable del matrimonio; y como además de soltero era obsequioso é independiente, solía convidarse á comer todas las noches, llevaba mariscos, pasteles y otras golosinas. Era ocurrente, amable y de pocas palabras. Buquet no sabía vivir sin él, y le llevábamos al teatro.

—¿Qué edad tenía?

—¿Geraud? No lo sé. De treinta á cuarenta... Una tarde que Laroche me había regalado un palco fuí, como de costumbre, á la calle de Grenelle, á casa de los Buquet. Me retrasé un poco, y al llegar yo estaba ya la comida en la mesa. Pablo sentía un ham-

bre terrible, pero Adriana había resuelto no sentarse sin que llegara Geraud. «Hijos míos—exclamé—, tengo un palco para la Comedia; representan *Dionisia*.» «Muy bien—dijo Buquet—, comamos á escape; no quisiera perder el primer acto...»

»Comimos. Adriana mostróse muy preocupada, y cada vez que abría la boca le daba un vuelco el corazón. Buquet sorbía ruidosamente los fideos, y recogía con la lengua los que se le quedaban adheridos al bigote.

»—Las mujeres son extraordinarias—exclamó—. Figúrese, Laboullée, que Adriana está inquieta porque Geraud no ha venido á comer esta noche. ¡Se forja unas complicaciones! Hágale ver que todo lo que piensa es absurdo. Geraud pudo tropezar con algún impedimento, pudo tener algún asunto imprevisto; como es soltero, no ha de dar á nadie cuenta de sus determinaciones. Bastante más incomprensible resulta que nos consagre todas las veladas. Yo se lo agradezco; pero me parece justo que alguna vez recobre su libertad. Tengo el sis-

tema de no preocuparme nunca por lo que hacen mis amigos; pero las mujeres son de otro modo.» La señora Bouquet respondió con voz alterada: «No estoy tranquila; temo que le haya sucedido algo desagradable.»

»Entretanto Buquet apresuraba la cena: «Sofía—gritó á la criada—, ¡el asado! ¡la ensalada! ¡el queso! ¡el café!» Observé que la señora de Buquet apenas había comido. «Vamos—le dijo su esposo—, Vístete de prisa; no nos hagas perder el primer acto. Una obra de Dumas no es como las operetas, que pueden oirse á trozos. Una comedia es la sucesión lógica de bien encadenadas deducciones, de las cuales no se debe perder lo más mínimo. Anda, criatura, que ya es tarde. Yo sólo he de ponerme la levita.» Adriana se levantó y se fué á su habitación con paso lento, maquinalmente.

«Su marido y yo tomamos café mientras fumábamos un cigarro. «Me contraría—dijo Pablo—que no haya venido esta noche Geraud; le hubiera gustado ver *Dionisia*; pero ¿comprende por qué razón Adriana se pre-

ocupa tanto de su ausencia? No he podido hacerla comprender que un hombre tiene á veces asuntos reservados, acaso aventuras amorosas. No atiende á razones. Déme un cigarrillo.»

»Al momento de entregarle la petaca oímos resonar en la habitación contigua un grito de espanto seguido del golpe que produce la caída de un cuerpo que se desploma pesada y blandamente. «¡Adriana!»—exclamó Buquet precipitándose hacia la alcoba. Le seguí. Encontramos á Adriana tendida en el suelo, con el rostro pálido, los ojos en blanco, inmóvil. La enferma no presentaba ningún síntoma de un estado epiléptico ni epileptiforme. No había en sus labios ni rastro de espuma. Sus miembros hallábanse tendidos, pero sin rigidez; su pulsación era desigual y rápida. Ayudé á su marido á sentarla en un sillón. De pronto comenzó á normalizarse la circulación, y la tez de la enferma, ordinariamente de un blanco mate, adquirió un tinte sonrosado. «Ahí—dijo señalando al espejo de su armario—, ahí le he visto. Mientras me abro-

chaba la chaqueta le he visto reflejado, y he vuelto la cabeza, segura de hallarle detrás de mí; pero como no había nadie, aterrada por lo que sucedía, me he desmayado.»

»Entretanto, yo examinaba si produjo alguna lesión su caída y no hallé lesión alguna. Buquet la daba agua de azahar con azúcar. «Vamos, hijita—la dijo—, sosiégate. ¿A quién has visto? ¿Qué dices?» Ella palideció de nuevo. «¡Ah, he visto á Marcelo!»—«¿Viste á Geraud? ¡Es muy extraño!»—exclamó Buquet.—«Sí; le he visto—insistió ella gravemente—, me ha mirado sin hablarme; me ha mirado así». Mostró una fisonomía cadavérica.

»Buquet me interrogaba con los ojos. «No se preocupe—le respondí—, estos desórdenes no tienen importancia; quizá estén ocasionados por algún trastorno del estómago. Ya lo investigaremos despacio. Por lo pronto, no hay que darle importancia. He conocido en el Hospital á un sujeto gastralgico que veía gatos debajo de todos los muebles.

»Algunos minutos después, la señora de Buquet se había repuesto completamente; su marido sacó el reloj, y dijo:—Si considera usted, amigo Laboullée, que no puede perjudicarla el teatro, ya es hora de irnos. Le diré á Sofía que nos traiga un coche.

»Adriana se puso precipitadamente el sombrero. «¡Pablo! ¡Pablo! ¡Doctor! Escúchenme. Vayamos primero á casa de Geraud. Estoy inquieta; más inquieta de lo que yo misma supongo.» «¡Te vuelves local—exclamó Buquet—. ¿Qué puede haberle sucedido á Geraud? Ayer le vimos y estaba completamente bueno.» Ella me dirigió una mirada suplicante, cuyos ardientes destellos me traspasaron el corazón. «Laboullée, amigo mío, iremos ahora mismo á casa de Geraud, ¿verdad?»

»La prometí complacerla: ¡me lo había suplicado de tal modo!... Pablo gruñía, temeroso de perder el primer acto. Yo le dije: «Vayamos á casa de Geraud, puesto que no tenemos que rodear mucho». El coche nos esperaba, y grité al cochero: «Calle del Louvre, núm. 5. ¡Aprisal!»

»Geraud habitaba en el número 5 de la calle del Louvre, no lejos de su oficina, un aposento formado por tres habitaciones y rebosante de corbatas. Era el lujo de aquel hombre. Aun no se había detenido el coche frente al portal, cuando Buquet se apeó de un salto, corrió hacia la portería y dijo: «¿Cómo está el señor Geraud?» La portera respondió:—«El señor Geraud ha venido á las cinco, ha recogido su correspondencia, y no ha vuelto á salir. Si desea usted verle, vive en el piso cuarto de la derecha, escalera interior.» Pero ya Buquet, agarrado á la portezuela del coche, decía: «Geraud está en su casa; ya ves que tus preocupaciones carecen de fundamento. ¡Cochero, á la Comedia Francesa!» Entonces Adriana echó el cuerpo fuera del coche para impedir que su marido entrara, y suplicó: «¡Pablo! te lo ruego, sube á su casa. Procura verle. ¡Quiero que le veas!»

«¡Subir cuatro pisos!»—dijo encogiéndose de hombros—. ¡Adriana! ¡que no llegaremos al primer acto! En fin, cuando á una mujer se le mete una cosa en la cabeza...»

»Quedéme solo en el coche con la señora Buquet. Relucían en la obscuridad sus ojos fijos en la puerta de la casa. Pablo apareció al fin: «Hijita: he llamado tres veces y nadie contesta. Sin duda, tendrá sus razones para no querer que le interrumpan. Suponte que vino á verlé una mujer. ¿Qué hay de extraordinario en ello?»

»Los ojos de Adriana tomaron una expresión tan horrible, que yo mismo experimenté una sensación de inquietud; y por añadidura, no me parecía natural que Geraud estuviese á tales horas encerrado en su casa, contra su costumbre. «Espérenme aquí —dije al matrimonio—; hablaré con la portera.»

»También la portera juzgaba extraño que Geraud no hubiera salido á comer. Como encargada de hacer la limpieza del cuarto, tenía llave. La cogió del llavero, y me invitó á subir. Una vez llegados al descansillo abrió la puerta y, desde la antesala, gritó tres ó cuatro veces: «¡Señor Geraud!» Como nadie respondía, decidióse á entrar en la alcoba y gritó más fuerte: «¡Señor Geraud!

¡Señor Geraud!» Esperamos inútilmente, con angustia... El aposento estaba obscuro y no teníamos fósforos. «Debe haber una cajilla sobre la mesa de noche» —dijo la mujer, temblorosa, que no podía dar un paso. Avancé hasta la mesa de noche, á tientas, y mis dedos tropezaron con una viscosidad. Era sangre.

»Encendí la vela; vimos á Geraud tendido en su lecho, con la cabeza destrozada. De su mano derecha, colgante, habíase desprendido el revólver. Sobre la mesilla vi una carta sin cerrar y con salpicaduras de sangre. De su puño y letra estaba dirigido el sobre al matrimonio Buquet. Y decía: «Mis bondadosos amigos, han sido ustedes el encanto de mi vida». Anunciábales inmediatamente su resolución de morir, pero no precisaba los motivos que le decidieron, dando á entender sólo que la falta de recursos pecuniarios era el móvil del suicidio. Reconocí que había muerto próximamente una hora antes, en el momento preciso en que la señora Buquet le vió en el espejo.

»¿No es éste, como yo te decía, un fenó-

meno cierto de doble vista, ó para hablar con más exactitud, un ejemplo de los extraños sincronismos psíquicos que la ciencia estudia al presente con más entusiasmo que fortuna?»

—Quizá sea otra cosa—respondí—. ¿Estás seguro de que no tenían amores Marcelo Geraud y la señora de Buquet?

—Yo jamás observé nada. Y sobre todo, esto no hace al caso.

EL CAMAFEO

Atento á su amable invitación, á las doce fui á su casa. Mientras almorzábamos en aquel comedor, tan largo como una nave de iglesia, donde ha reunido un tesoro de antigüedades de plata, le hallé, no precisamente triste, pero sí muy caviloso. De vez en cuando chisporroteaba en sus frases la elegancia sutil de su ingenio, y lucía sencillamente sus delicados gustos artísticos, ó recordaba sus aficiones cinegéticas, tan exaltadas que no cedieron ni cuando se abrió la cabeza en una caída de caballo; pero sus ideas desvaneciáanse de pronto, como si una tras otra chocaran en un obstáculo infranqueable.

De aquella conversación bastante dificultosa y confusa, deduje solamente que acababa de enviar un par de pavos reales blancos